

*La tradición documental sobre el garoe y los relatos de viajeros franceses*¹

BERTA PICO
DOLORES CORBELLA
ULL

Una parte importante de la historia cultural de una región la constituyen sus leyendas. En las islas Canarias se situaron numerosos mitos clásicos grecolatinos, formando parte el Archipiélago de la denominada *geografía mítica*. A partir del *Redescubrimiento*, o conocimiento empírico, que tiene lugar fundamentalmente hacia el siglo XIV, a las antiguas visiones míticas vendrán a superponerse otras nuevas fruto de las *illusions de la découverte* que, en gran medida, se enraizarían con las imágenes fabulosas que circulaban en la historiografía y en la cartografía occidentales de la época. Por estar situadas en la frontera del mundo conocido, en uno de los cuatro extremos, el occidental, de la tierra habitada o *ecumene*, los autores grecolatinos de la antigüedad colocaron en las islas atlánticas toda clase de seres extraordinarios, de hechos prodigiosos o de recursos preciosos, como era habitual y tópico respecto a las zonas remotas e inaccesibles, fronteras de otro mundo (Marcos Martínez, 1992: 23 ss.; 1996: 11, 32). Así las Canarias entraron desde antiguo en la *paradoxografía* o escritos sobre fenómenos maravillosos e insólitos. Como indica el profesor Marcos Martínez.

En este tipo de literatura es la isla el componente característico, dado que en ella se puede combinar lo científico y racional con lo fantástico y novelesco. Desde siempre ha sido la isla el marco idóneo para colocar en ella las más extraordinarias aventuras, con lo que se ha alimentado toda una mitología insular, de la que los viajeros medievales volvían a hacer uso a medida que descubrían las islas de los Océanos Atlántico e Índico (1996: 32).

La situación no varió al final de la Edad Media, ya que, como es bien sabido, la persistencia de los mitos no fue ajena al impulso de los grandes descubrimientos, y la posición geográfica del Archipiélago seguía alimentando la imaginación de los

¹ El tema de esta colaboración al Homenaje al Profesor Cantera surgió como respuesta al interés mostrado por Don Jesús sobre el árbol de la isla de El Hierro, durante su estancia en esta Universidad de La Laguna con ocasión del Seminario del Cemyr sobre *Los universos insulares*.

Europeos a fines de la Edad Media y bastante más tarde, que se acercaban a él proyectando una visión mítica y acogiendo con toda naturalidad la existencia en él de hechos maravillosos.

El *garoe* o *árbol santo* de la isla de El Hierro constituye uno de los símbolos esenciales de la tradición insular, árbol mítico que representaba la abundancia, la fuente inagotable, identificable en parte con el *arbor vitae* paradisiaco, don divino —de ahí su consideración como *árbol santo*—, en el que perdura la huella de los mitos de jardín de las delicias o de islas de los bienaventurados que evocaba el nombre del archipiélago canario. Pero, aunque su imagen simbólica haya perdurado a lo largo del tiempo en la mente de las gentes de las islas, como punto de referencia de un pasado edénico, su historia a través de las crónicas nos descubre —como en la *selva de Doramas* (Sánchez Robayna, 1992: 69-70)— la *historia de una desilusión*.

Son innumerables las referencias a este árbol mítico, tanto por parte de los cronistas e historiadores como en los relatos de viajeros y en otros textos literarios, y son muchos los comentarios de los investigadores². Aquí nos limitaremos a dar cuenta de la tradición clásica que sirvió de punto de apoyo a una larga serie de relatos a partir del *Redescubrimiento*; prestaremos atención a las crónicas y relaciones de la conquista de Canarias y a las obras de los cronistas de Indias, amén de algún otro testimonio que estimamos importante; y, finalmente, nos detendremos en las narraciones de los viajeros franceses que pasaron por Canarias, varias de las cuales son inéditas para la historiografía isleña, presentando notable interés tanto por la época en que fueron escritas cuanto por la imagen que transmiten, en ocasiones mezcla ingenua de fábula y realidad —en la que persiste la huella de los cronistas predecesores—, pero también apreciaremos en ocasiones la decepción o frustración ante la realidad observada que desmentía la imagen utópica esperada, o, en fin, la explicación racional de los hechos que habían dado lugar a la antigua creencia.

La riqueza de estos últimos materiales, que ahora presentamos, es indudable. Algunos de ellos representan eslabones importantes que permiten un conocimiento más profundo del desarrollo de la historiografía de las Islas (*Le Camarién*, primera crónica de la conquista de Canarias, es también el primer libro de viajes que se detiene a describir sus gentes y sus paisajes. *La Singularitez de la France Antartique*, compuesta por André Thevet hacia 1558, supone el antecedente inmediato que llevará a Thomas Nichols unos años más tarde —en 1583— a redactar en inglés su *Descripción de las Islas Afortunadas*). Otros nos descubren y nos permiten trazar el prototipo que tenían y difundieron los europeos sobre estas tierras. Sus fuentes son múltiples; por un lado, fundamentadas en los mismos textos, y en primer lugar en ese saber enciclopédico medieval que transmitía sin ambages una imagen utópica de estos parajes, que vendría corroborada en los primeros años del Renacimiento

² El *garoe* fue incluso el tema de la lección de apertura del curso 1935-36 en la Universidad de La Laguna, impartida por el profesor don Jesús Maynar. Está establecido que el árbol al que los isleños de El Hierro llamaban *garoe* a la llegada de los españoles, y que después fue conocido como *Árbol Santo*, pertenecía a la especie llamada primitivamente *til*, en plural *tilés* —que por influencia del español tomó la forma *tilo*, plural *tilos*—. El *til* canario es la *Oreodaphne fatens* Nees, perteneciente a la familia de las Lauráceas (J. Maynar, 1943; M. Steffen, 1944).

con la vuelta a la tradición clásica y a la relectura de Plinio, Pomponio Mela o Solino; por otro lado, basadas también en la transmisión oral, en la información de los testigos coetáneos, y sobre todo en la propia experiencia de esos viajeros que llegaban a Canarias, simplemente, para aprovisionarse antes de partir de nuevo hacia las grandes rutas atlánticas, tanto en el periplo africano como en el que les llevaría a las Indias occidentales. También son variados, y por ello no menos interesantes, los puntos de vista adoptados y las finalidades del viaje: conquistadores, comerciantes, evangelizadores, cosmógrafos reales, naturalistas, marinos y escritores ofrecen como viajeros, según sus intereses, una amplia gama de informaciones etnográficas, míticas, históricas, geológicas, botánicas o lingüísticas que enriquecen la escueta descripción del relato de viajes con aspectos que resultan hoy esenciales y, en ocasiones, singulares.

FUENTES CLÁSICAS

La mayor parte de los autores que se han ocupado del tema del *garoe* admite comúnmente que su origen ha de buscarse en la noticia que da Plinio el Viejo (79 d. C.) sobre las islas Afortunadas. El pasaje numerosísimas veces citado es el siguiente:

In Pluvialia non esse aquam nisi ex imbris ... Primam [insulam] vocari Ombrion, nullis ædificiorum vestigiis; habere in montibus stagnum, arbores similes ferulæ, ex quibus aqua exprimatur, ex nigris amara, ex candidioribus potui iocunda (*Naturalis Historia*, VI, 37).

Esta parece ser la primera noticia sobre las Afortunadas en la que se mencionan unos árboles de los que se obtienen dos clases de agua (en los que algunos han querido ver dos clases de euforbiáceas canarias). Aparte de los problemas que ha ocasionado la identificación de los nombres de las islas del texto de Plinio —que sigue a Juba II y a Seboso— con las islas Canarias de la actualidad, y más en este caso, pues *una isla de la lluvia* (Ombrion-Pluvialia) es tan vaga referencia como para poderla identificar con cualquiera (Marcos Martínez, 1996: 113)³, creemos necesario poner en relación el texto de Plinio con otro texto algo anterior de Pomponio Mela (ca. 43 d.C.) también relativo a las Afortunadas:

Una [insula] singulari duorum fontium ingenio maxime insignis: alterum qui gustare risu solvuntur in mortem; ita adfectis remedium est ex altero bibere (*De situ orbis*, III, 11).

Como se ve, mientras que Plinio habla de dos clases de árboles —negros de los que se extraía agua amarga, y más blancos de los que se extraía agua agradable de

³ Tras un detallado análisis, J. Álvarez Delgado también concluye que es inútil querer explicar y confirmar con la realidad el fabuloso texto de Plinio (1945: 46).

beber—, en Pomponio Mela son dos fuentes de las que manan dos clases de agua con extraordinarias propiedades: quienes beben de una acaban muriéndose de risa, mal que pueden remediar acudiendo a la otra. Dada la proximidad de los autores y lo que relatan respecto al agua, entendemos, con Marcos Martínez (1996: 106), que se trata de elementos paradoxográficos introducidos en unas islas reales pero situadas en los confines del mundo conocido.

Posteriormente el texto de Plinio fue muy conocido, directamente o a través de otro autor muy leído en la Edad Media y el Renacimiento. Se trata de Cayo Julio Solino (principios del siglo III), apodado *Simia Plinii*, por copiarlo casi literalmente. Volvemos a encontrar las grandes férulas o cañahejas negras y blancas con sus dos tipos de líquido⁴. Esta tradición es recogida una y otra vez en época medieval y renacentista. Baste mencionar que cuando el humanista florentino Domenico Silvestri (1335-1411) redacta su islario *De insulis et earum proprietatibus* utilizando diversas fuentes, tanto contemporáneas como clásicas, al referirse a las islas Afortunadas parafrasea por dos veces el texto de Plinio sin apenas variaciones⁵. Incluso el capellán y cronista de la corte de Fernando el Católico, el erudito italiano Lucio Marineo Sículo, acoge la misma referencia, que aplica a la isla de El Hierro, en *De Rebus Hispania memorabilibus Opus* (19,15)⁶, editado en Alcalá en 1530. Mientras tanto se iba fraguando una nueva visión mítica de las islas Canarias y los cronistas ya habían comenzado a hablar de un árbol prodigioso en la isla de El Hierro. Por eso es interesante reproducir el comentario que hace en la época de Luis XIV el jesuita Jean Ardouin en su edición de la *Historia Natural* de Plinio para uso del Delfín, en el que es muy significativo el rechazo de la identificación entre el *árbol santo* —de notoria celebridad, y cuya existencia no se cuestiona— y los árboles de los que hablaba Plinio:

Celebris porro est in Ferro insula arbor ea, quam sacram vocant, l'Arbre Saint: cujus stillatitia aqua universis sufficit insulanis, quamvis unice sit. Sed neque est arbor naturæ ferulaceæ, nec vi aqua ex ea exprimitur, sed sponte stillat (Max Steffen, 1944: 41).

CRÓNICAS ESPAÑOLAS

Lo real maravilloso tampoco es ajeno al contexto de los primeros cronistas que intentan describir el *garoe* como algo verosímil explicable por la tradición

⁴ *Ferulae ibi surgunt ad arboris magnitudinem. Earum quæ nigræ sunt, expressæ liquorem reddunt amarissimum; quæ candidæ, aquas removunt etiam potui accommodatas...* (*Collectanea rerum memorabilium* o *Polyhistor*, 56).

⁵ *Quoddam genus herbarum in modum arundinum quas ferulas vocant ibidem excrescere ad arborum magnitudinem, quam aliquæ nigre, albe sunt atque, ex nigris succus et liquor amarissimus manat, ex albis vero dulcis et gustum potus accomodus [...] et huius in montibus esse stagnum cum arboribus similibus ferulae ex quibus aqua exprimitur, ex nigris amara, ex candidioribus potui iocunda* (Marcos Martínez, 1996: 188, 189).

⁶ *Que stagnum habet in montibus, et arbores ferulae similes, ex quibus aqua exprimitur, ex nigris amara, ex candidis dulcis potuique iocunda* (Marcos Martínez, 1996: 145-146, 149-251).

escrita (*auctoritas*), pero a la vez como un fenómeno natural basado en la constatación de experiencias personales (*argumentum veritatis*) y en interpretaciones providenciales (cristianas). Andrés Bernáldez en su *Historia de los Reyes Católicos*, escrita en los primeros años del siglo xvi, recogiendo seguramente informaciones anteriores, ofrece una de las primeras descripciones extensas del *árbol santo* y de su entorno:

En esta isla ay una gran maravilla de las del mundo, que es que el pueblo bebe de la agua que un árbol suda por las ojas. Ay un árbol de manera de un álamo, e es verde toda vía, que nunca pierde la oja, y su fruto que da es unas bellotillas que amargan como hiel, e si las comen son medicinales e no hazen daño al cuerpo; es de altura de una lanza mediana, e tiene grandes ramas e copa; es de gordor quanto pueden abarcar dos hombres; el pie de él suda maravillosamente gotas de agua continuamente, que caen en una alberca que está debaxo dél, de tal manera, que una gota de agua no se puede perder. De allí han abastado de agua toda la que pueden beber todos los de la isla, que solían ser ochenta vecinos, e todos e sus casas son hartos e abastados de aquel árbol. Son las hojas y color como de laurel, sino que son un poco mayores. No ay en todas siete islas árbol de aquella natura, ni en toda España, ni ay hombre que otro tal aya visto en parte ninguna. E por esto parece bien que es misterio de Dios, e que quiso dar allí aquella agua de tal manera, por dar consolación a las gentes que en otro tienpo allí fueron echadas, donde otro poço ni fuente dulce no se falló jamás, ni se falla (Morales Padrón, 1993², 508-509).

Otro conjunto de referencias importantes lo constituyen las crónicas canarias de la conquista. Redactado el primer relato hacia 1525, hoy conservamos algunas copias bastante posteriores, la llamada *ovetense*, más cercana al original, la *matri-tense*, de mediados del xvi y la *lacunense*, seguramente realizada hacia el siglo xvii. A ellas habría que añadir las recreaciones de Sedeño y Gómez Escudero, ambas del siglo xvii. En todas estas versiones podemos hallar detalladas descripciones y, por primera vez, el nombre que los herreños daban al árbol (*gan, garao, garoe, garas, jarao, gareo*)⁷:

pero a probeydo Dios Nuestro Señor a esta jente de un notable bien y lo que en esta ysla está un árbol en un hoyo de vna breña y sierra el qual los herreños llaman garao sobre el qual todas las mañanas amanese una nube blanca la qual estila de sí agua por las hojas abajo que cae en una rrepresa a manera de tanque con que está rrodeado el dicho árbol, de la qual agua beben los vezinos del lugar y sus ganados (*Ovetense*, Morales Padrón, 1993²: 112).

Los testimonios se enriquecen con las anotaciones de los viajeros —portugueses como Valentín Fernandes en 1507, o italianos, como Pedro Mártir d'Anghiera, en 1504, Antonio de Pigaffeta, compañero de Magallanes, en 1522 (ed. de Luigi Gio-

⁷ En 1592 Abreu Galindo especificaba que *al árbol llaman garoe, y al presente los Vecinos Árbol Santo* (1977: 84).

vannini, 1989: 60), o el ingeniero cremonés Leonardo Torriani en 1592— y con las descripciones de los cronistas de Indias (Morales Padrón, 1991: 31-36), desde Gonzalo Fernández de Oviedo o Francisco López de Gómara hasta fray Bartolomé de las Casas. Para este último, se trata de *un admirable secreto de naturaleza, y aun por mejor decir es un milagro patente*:

[...] El árbol tiene de grueso más de tres cuerpos de hombres; tiene muchos brazos y ramas muy gruesas extendidas; las hojas parecen algo a la hechura de las del laurel o de naranjo; ocupará con su sombra más de ciento y cincuenta pasos en torno; no parece a árbol alguno de los de España (p. 79).

VIAJEROS FRANCESES

Le Canarien abre, como hemos dicho, la ruta de Canarias en los relatos europeos. Su información sobre el *garoe* resulta bastante escueta y, aunque solamente se encuentra en uno de los manuscritos transmitidos, en el de J. de Béthencourt, contiene ya los elementos tradicionales de la descripción (la calidad del agua recogida —a la que se une en este caso una notable propiedad medicinal— y su almacenamiento en las albercas o tanques), que encontraremos posteriormente en los manuscritos de las crónicas castellanas (cfr. Morales Padrón, 1993²: 189, 232 y 346):

Et au plus hault du pais sont arbres qui tousjours degoutent yaue belle et clere. qui chiet en focés auprès des arbres, la miller pour boire que l'on seroit trouver; et est ycelle yaue de telle condicion, que quant on a tant mengé que on ne peut plus et on boit d'icelle yaue, anchoix qu'il soit une heure la viende est toute digerée, tant que on a aussi grant volenté de manger que on avoit au par advant que on avoit beu (E. Serra Ràfols y A. Cioranescu, 1960: 235).

Será André Thevet, en la segunda mitad del siglo XVI, el primer viajero francés que nos presentará una descripción detallada del *garoe*. En *La singularitez de la France antarique*, escrita en 1558, siguiendo a Plinio describe, en el capítulo V, los árboles parecidos a las *férulas* que se encuentran en la isla de Ombrion y de los que se obtiene agua, pero en *Le grand Insulaire et pilotage d'André Thevet, Angoumoisín, cosmographe du Roy, dans lequel sont contenus plusieurs plants d'isles habitées et deshábitées et description d'icelles*, redactado hacia 1586, une ese conocimiento libresco a sus experiencias personales. Señala que en una de las islas hay una planta y especie de palmeta que tiene las hojas como el hinojo, pero más anchas y ásperas, de la que extraen el agua y se la dan a los que sufren dolores de cólico pasión o a los que vomitan sangre, y se encuentra de dos maneras: una negra, cuyo jugo es muy amargo, y la otra blanca, que echa un licor dulce y agradable para beber y, más adelante, hablando ya del *Arbre merveilleux en l'Isle de Fer servant de fontaine aux Insulaires*, como figura en el manuscrito en un escolio al margen, dice:

Aussy bien que ceux qui publient les singularitez de l'arbre qu'ilx tiennent estre en l'isle de Fer, duquel ilx dient que degoute continuellement de l'eau par ses feuilles, voire en telle abondance qu'elle ne suffit pas seulement pour les habitans de l'isle mais mesme seroit pour fournir beaucoup de gens d'avantage s'il y en avoit. Or voicy qu'ilx racontent de cest arbre merueilleux qu'il est de moyenne hauteur, qui a la fueille quasi comme celle du noyer, horsmis qu'elle est un peu plus grande. Il est environné tout à l'entour d'une enceinte de murailles en mode d'une fontaine, là où l'eau qui distille de ses feuilles tombe et se recueille. Chose qui veritablement ne sçauroit estre assez admirée, de dire que l'on ne sçauroit trouver (à ce qu'ilx rapportent) en cette Isle là autre eau, que celle qui distille et dégoutte de cest arbre prodigieux. Ilx le font toujours couvert, et environné d'un brouillas espais, horsmis que le jour, quand le soleil commence à l'eschauffer, il semble que cette nuée s'aïlle defaisant et consumant peu à peu. Au commencement que les Espaignols se rendirent maistres de cette Isle là ilx furent merueilleusement esbahis, quand ilx n'y trouverent ny fontaines, ny puits, ny rivières. Quand ilx demandoient aux gens de l'isle où c'est qu'ilx se pourvoyoyent d'eau, les autres leur respondoient qu'ilx recueilloient de l'eau de la pluyè, et la gardoient dans certains vaisseaux pour leur usage. Mais fault noter que pour faire trouver bonne leur excuse, ilx avoient premierement couvert leur arbre miraculeux de cannes, de terre, et autres semblables choses, considerans que quand les Espaignolx ne trouveroient point d'eau douce en toute l'isle, ilx l'abandonneroient incontinent, et s'en iroient. Mais leur intention, dont ilx pensoient affiner les Espaignols ne leur servit de gueres. Car il y eut un Espaignol auquel une femme de l'isle avec laquelle il avoit familiere cognoissance, descouvrit le secret de cest arbre. Cestuy là aussy tost qu'il le sçeut l'alla dire au capitaine: lui ne se peut tenir d'en rire quand il l'entendit, estimant cella comme une fable: toutesfois il le fit descouvrir et en vit on l'experience. Dequoy tous ces Espaignolx furent merueilleusement esbahis. Ce pendant la femme qui avoit revelé ce secret n'en porta pas longtemps le peché impuny. Car les principaulx de l'isle ayans descouvert que c'estoit elle qui l'avoit manifesté la firent mourir secretement. Voilà ce qu'on raconte des merveilles de cest arbre, lesquelles je fais grande difficulté de croire, aussy bien que les fontaines ayans saveur de vin, et qui enyvroient ceux qui s'en chargeoient plus que de raison (f^o 82, r-v).

André Thevet contrasta, por primera vez, sus fuentes con *lo que cuentan* sobre el árbol milagroso, fábulas que le *son difíciles de creer*, la tradición —el saber libresco— con la experiencia del viaje, el bagaje cultural medieval con la constatación de esos datos en su contexto renacentista.

Ya en el siglo XVII, Claude Jannequin, *Sieur de Rochefort*, formó parte de la expedición que, al mando del capitán Lambert, exploró las costas de África occidental entre 1637 y 1639. Jannequin tuvo a su cargo la redacción del diario de la expedición, y a su paso por Canarias relata lo siguiente respecto a la isla de El Hierro:

... en cette derniere [Ferro], il se trouue vn miracle si extraordinaire, que ie tairois les louanges deuës à l'auteur de la nature, si ie ne vous faisois part de cette merueille.

Dieu qui par sa sage providence, ne met point de creatures au monde, qu'il ne leur découure les moyens de s'alimenter, fait icy paroître vn effect de sa bonté & de sa clemence: ce que pour connoistre, il faut sçauoir que par toute cette Isle, il n'y a point d'eau

du tout, que celle qui distille sans cesse des feuilles d'un gros arbre continuellement couuert d'un petit nuage, qui l'humectant, fait tomber cet eau dans des grands bassins, que les habitans tiennent là exprez pour la recevoir, & en ont même à si grande quantité, que quoy que cette Isle soit beaucoup peuplée & qu'il y aye beaucoup d'animaux, ils en ont si grande abondance, que si son coulant se pouvoit étendre dauantage auant que d'entrer en mer, il pourroit porter de petits bateaux, comme la plus-part de nos rivières (pp. 32-34).

Este texto es muy significativo, no sólo porque enlaza manifiestamente con el providencialismo de los cronistas de Indias (cfr. Andrés Bernaldez, Gonzalo Fernández de Oviedo, fray Bartolomé de las Casas o Alonso de Santa Cruz), sino, sobre todo, por el carácter hiperbólico de la evaluación de la cantidad de agua destilada por el árbol milagroso. El autor no se cuestiona en modo alguno la veracidad de lo que afirma, que admite y transmite sin reservas.

Hacia la misma época el capitán de la marina de las Indias Guillaume Coppier estuvo en la isla y, aunque pone menos énfasis en el prodigio, da cuenta de la abundante destilación, si bien su última frase parece indicar cierta restricción:

... Nous fusmes en suite dans l'Isle de Ferro, en laquelle naist vn arbre, lequel iette continuellement de l'eau par ses feuilles, comme par autant de canaux de petites fontaines, & chacune en rend en telle abondance, qu'elle suffit pour abreuuer tous les troupeaux des Bergers, de sorte que les habitans ont esté contrains de faire grandes cuues & reservoirs autour dudit arbre pour en faire amas. & ainsi ils en accumulent les eaux: il est vray que cette Isle n'est de longue estenduë (p. 6).

También de la primera mitad del siglo XVII es el testimonio de Vincent Le Blanc sobre el *arbre merveilleux*, que incide en los tópicos de que el agua del *garoe* es la única de toda la isla, que se recoge en albercas y que basta para abastecer a los numerosos habitantes y sus ganados:

En l'isle de Fer se trouue cet arbre merueilleux dont les feuilles distillent de l'eau que les habitans boient: l'arbre est couuert d'une petite nuëe de couleur entre gris & blanc, & iamais elle ne diminuë ny pour tempeste ny pour vent, & n'a aucun mouuement, & de là procede toute l'eau que l'arbre iette dans des cuues tout à l'entour, qui la reçoient en telle abondance qu'elle suffit à abreuuer tous les habitans & leurs bestiaux, sans qu'il se touue autre eau dans toute l'isle, qui sans cela seroit deserte, au lieu qu'avec cela elle est fort habitée & fructifiante" (p. 42).

Del mismo tenor, insistiendo nuevamente en la providencia divina, es la descripción que hace, hacia los años setenta del mismo siglo, el viajero Du Bois, que estuvo empleado como secretario de Chamargon, uno de los directores de establecimientos franceses en el canal de Mozambique:

... Fer où Dieu fait bien paraître la Providence, secourant les nécessités des siens par des moyens merueilleux.

Cette isle ne se peut glorifier pour sa fertilité, n'y pleuvant que rarement; mais cette nécessité d'eau est recompensée par un Arbre prodigieux [...]: il a les feuilles fort

larges, et les branches d'une très grande étendue: une nuée épaisse environne toujours cet arbre et se répandant sur ces feuilles, fait distiller de l'eau suffisamment pour rassasier la soif des habitans et des bestiaux de cette isle» (pp. 4-5)

Hacemos notar que los cuatro últimos autores citados, que escriben entre finales de los años treinta y finales de los setenta del siglo xvii, dan cuenta del árbol prodigioso presentando su testimonio como de primera mano, y utilizando en los relatos los verbos en tiempo presente, de modo que los posibles lectores podrían creer que efectivamente habían sido testigos oculares de la maravilla relatada. Pero por entonces ya nada quedaba del *árbol santo*, que había sido derribado por un violento huracán en 1610⁸. Estamos, pues, ante las últimas narraciones de viajeros franceses que continúan la tradición de los cronistas españoles de la conquista, embelecidas con el fin de suscitar asombro y admiración, si no envidia, hacia el afortunado viajero testigo de hechos extraordinarios.

Desde fines del siglo xvii y todo a lo largo del xviii se produce un cambio en la naturaleza de los viajes y en la personalidad de los viajeros. Se tratará, en unos casos, de religiosos misioneros poco proclives a dar crédito a fantasías y leyendas y, sobre todo, de científicos geógrafos y naturalistas participantes en expediciones de investigación y exploración, que tanto contribuirían al avance del conocimiento más exacto del planeta y al progreso del conjunto de las ciencias. En ese ambiente, no es extraño que los viajeros desearan comprobar la, para ellos, dudosa veracidad de lo que habían oído contar y que, finalmente, terminaran calificando los hechos de *fable*. Así hace el cirujano Le Maire, que viaja con el director general de la Compañía de África, y que, al interesarse por el *Arbre merveilleux de l'Île de Fer*, recibe unas respuestas que no hacen más que confirmar su escepticismo: *les Habitans me confirmerent dans la pensée où j'étois déjà, que ce recit est une pure Fable* (1695: 45). Igualmente el misionero jesuita P. Taillandier, que visitó Tenerife (pero no El Hierro) en 1707 afirma: *c'est une fable que ce qu'on rapporte d'un arbre qui s'y trouve dont les feuilles sont autant de sources d'où l'eau coule continuellement. C'est de quoy les habitans memes de l'Isle de Fer n'ont entendu parler*.

Gran interés ofrece el texto del religioso mínimo y astrónomo, matemático y botánico real P. Luis Feuillée, que en 1724⁹ recibió el encargo de la Academia de Ciencias de desplazarse a Canarias para fijar con precisión la posición del meridiano de la isla de El Hierro y para establecer la diferencia de longitud entre esa isla y el Observatorio de París. Encontrándose en El Hierro el 18 de agosto anota:

⁸ En el Libro 2.º de Acuerdos capitulares del Cabildo secular de la Isla, folio 184, correspondiente a la sesión de 12 de junio de 1610, se recoge: *Por quanto el Árbol Santo se cayó y con la madera dél y rama tiene ocupadas las charcas donde se recogía el agua, y es necesario que todo se saque y se limpie la tierra que así mismo cayó...* (D. V. Darías Padrón, 1924: 127-128).

⁹ Hemos de señalar que, entre tanto, en 1708 ya había sido publicado el *Dictionnaire universel géographique et historique* de Thomas Corneille (París: Jean-Baptiste Coignard), en el que s.v. *Fer*, tras dar cumplida cuenta de la situación, nombre, características y propiedades del *garoé*, apostilla que, no obstante todas estas circunstancias, *des personnes très-dignes de foy* aseguran que, habiendo escrito al lugar, se les respondió que allí no se encontraba tal árbol milagroso.

L'arbre dont presque tous les voyageurs font mention qui fournit lui seul de l'eau à toute l'Isle, qu'on nomme arbre merveilleux est pure fable, je demandai à le voir, on se prit à rire, je connus d'abord que je ne m'estois pas trompé lorsque j'avois douté des relations de ces voyageurs qui nous racontent une infinité de faussetés (p. 131).

A continuación reproduce literalmente el relato del viajero inglés Luis Jackson, que se pretendía testigo ocular en 1618, y que además de dar una minuciosa descripción del árbol y de las obras para la recogida del agua, decía que la cantidad destilada era suficiente para abastecer a la población de toda la isla, que estimaba en 8.000 personas, y a sus 100.000 cabezas de ganado, ya que en una sola noche se llenaba un depósito que contenía 20.000 toneles. Ante la magnitud de las cifras, el P. Feuillée deduce que Jackson ha copiado a un predecesor, y concluye no sin cierta irritación que si el inglés hubiese recorrido la isla *ne se seroit pas aventuré à nous raconter des fables qui decrédient la bonne foy des voyageurs qui doivent être fidèles dans leurs relations* (p. 132).

Entre las expediciones científicas que hicieron escala en las Canarias durante el siglo XVIII cabe destacar la de Verdun de la Crenne, Borda y Pingré, a bordo de la fragata *La Flore*, para realizar una serie de operaciones destinadas a mejorar la navegación y, sobre todo, determinar con precisión la longitud y la latitud. Su estancia en el archipiélago tuvo lugar a finales de 1771 y principios de 1772. En su relato, siguiendo la relación de un autor español que no nombran, hablan de las propiedades del *arbre saint* —que asimilan al esp. *tilo* y al fr. *tilleul*— y, como era previsible, manifiestan sus recelos al respecto advirtiendo *nous sommes très-éloignés de garantir le fait*.

Es obligado mencionar la escala del célebre polígrafo Bory de Saint Vincent, que formó parte de la expedición del capitán Baudin a tierras australes. Fruto de su estancia en Canarias es su *Essai sur les Isles Fortunées et l'Antique Atlantique, ou Précis de l'Histoire générale de l'Archipel des Canaries* (1802), donde dedica un extenso y documentado apartado al *garoe* (pp. 220-226), realizando un pormenorizado estado de la cuestión, aportando gran abundancia de fuentes documentales francesas y españolas, y buscando la explicación al origen del mito, para concluir:

Il est donc de l'arbre de Fer, comme de beaucoup d'autres phénomènes d'histoire naturelle et de physique, qui, exagérés et revêtus de circonstances invraisemblables, ont dû passer pour des contes, mais qui, réduits à leur juste valeur, deviennent des choses toutes simples. Le *Garoe* a pu exister [...] (pp. 224-225).

Hacia la misma fecha Milbert, dibujante y naturalista, participó en la expedición de las corbetas *Le Géographe* y *Le Naturaliste* y la goleta *La Casuarina* con destino a tierras australes. Su texto es el resultado del mismo viaje que el de Bory, si bien sus comentarios tienen un tono diferente y las fuentes que aporta reciben otro tratamiento:

Tous les voyageurs ont parlé du fameux *arbre saint*, qui, selon les anciennes relations, tenait lieu à lui seul de ruisseaux et de fontaines. Il ne faudrait pas autre chose, pour démontrer que l'existence de l'arbre saint est une fable ridicule, que les contradictions mêmes de ceux qui en ont parlé [...] J'ai déjà dit, au surplus, qu'il n'était point de merveilles qu'on ne débitât des îles Fortunées (pp. 97 y 99).

En las campañas de la *Uranie* y la *Physicienne* entre 1817 y 1820 viajó, en calidad de dibujante, el hombre de letras Jacques Arago, que publicó las memorias de su viaje en 1822 y, con ligeras modificaciones, en 1839. A su paso por Tenerife hace unas anotaciones relativas al árbol del agua bastante confusas y plagadas de inexactitudes, que revelan un conocimiento muy vago de la leyenda:

Les écrivains espagnols du quatorzième siècle, qui ont parlé de Ténériffe, ont assuré, sur la foi de leurs navigateurs, que dans cette île, ainsi que dans celles qui l'avoi-sinent, il se trouvait un arbre de prodigieuse hauteur, qui ramassait les vapeurs de l'at-mosphère, de manière qu'en le secouant, on obtenait une eau claire et bienfaisante. Il y a toujours de la fable dans l'histoire (1822: 28-29. Mismo texto, con variante *il y a toujours du mensonge dans la vérité*, 1839: 28-29).

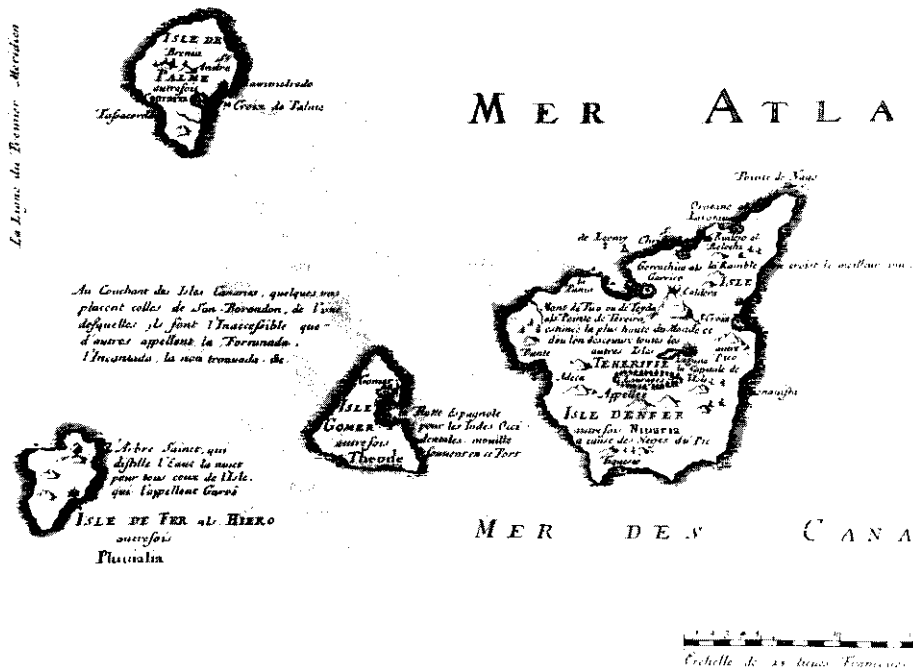
Terminamos nuestro repaso a la abundante documentación de referencias al *garoe* en los textos de viajeros franceses, de la que hemos ido entresacando aquellas que nos parecieron más significativas en cada periodo, reproduciendo unas frases de *Les Îles Canaries. Description de l'Archipel*, obra fruto de la estancia de J. Pitard, botánico investigador de la flora exótica, y Ch. Proust, doctor en Derecho, diputado y experto en las colonias francesas de ultramar, que permanecieron en las islas desde diciembre de 1904 hasta mayo de 1905:

De tout temps, le manque d'eau a été une grande préoccupation pour les insulaires d'Hierro. Cette préoccupation se traduit même dans les légendes que ont été pieusement conservées. N'est-il pas question, en effet, d'une source fabuleuse dans celle du *Garoe*? [a continuación reproducen la descripción que había hecho del árbol Abreu Galindo] L'île de Fer, avant et depuis 1612, a été privée d'eau et «l'arbre-source» n'est qu'une merveilleuse légende! (1908: 295-296)

En definitiva, nuevos textos hemos sumado a esa ya tan dilatada historia del *garoe*, tema que por sí mismo ha suscitado tantos ríos de tinta como gotas había destilado el *árbol santo* para los antepasados herreños. Todos ellos no han hecho sino confirmar la imagen fabulosa que de la isla de El Hierro se ha transmitido a lo largo de los siglos, ligada ya por siempre a esa *maravilla*, como Gran Canaria está ineludiblemente unida a su *Selva de Doramas* o Tenerife a la *Montaña bruma*. *Durante dos mil años la historia se ha hecho así: y en determinados aspectos ésta es la historia de Canarias, porque no hay otra posible. [...] Y es que no son los hechos los que informan la historia real, sino que la imaginación colectiva forja hechos nuevos y los transforma en mitos. El deber del historiador no es derribar los mitos, sino interpretarlos como tales, como hechos que van más allá de la realidad y, por lo tanto, son más fuertes que ella* (Cioranescu, 1986³: 12).



El Árbol Santo. Documento del s. XVI. Archivo Catedral de Las Palmas



Detalle del mapa de las Islas Canarias por P. Du Val d'Abbeville, 1653. Obsérvese la leyenda que figura en la Isla de El Hierro: *l'Arbre Sainct, qui distille l'eau la nuict pour tous ceux de l'Isle, qui l'appellent Garoë*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1944): «Las palabras *til* y *garoé*», *Revista de Historia*, X, pp. 243-247.
- (1945): «Las «Islas Afortunadas» de Plinio», *Revista de Historia*, XI, pp. 26-61.
- ARAGO, J. (1822): *Promenade autour du monde pendant les années 1817, 1818, 1819 et 1820, sur les corvettes du Roi l'Uranie et la Physicienne commandées par M. Freycinet*. París: Leblanc.
- (1839): *Souvenirs d'un aveugle. Voyage autour du monde*. París: Hortet et Ozanne.
- AZNAZ VALLEJO, E. (1988): «El capítulo de Canarias en el islario de André Thevet», *VI Coloquio de Historia Canario-Americana*, II, Las Palmas, pp. 829-862.
- BORY DE SAINT VINCENT, J.-B.-G.-M. (1802): *Essai sur les Isles Fortunées et l'antique Atlantique, ou Précis de l'Histoire générale de l'Archipel des Canaries*. París: Baudouin.
- CASTILLO Y LEÓN, P. A. del (1994): «XIII. Descripción de la Ysla del Hierro», en *Descripción de las Yslas de Canaria*, Las Palmas de Gran Canaria: Ediciones del Cabildo de Gran Canaria. [Edic. facsímil. La redacción del original es de 1686].
- CASTILLO, P. A. del (1948-1960): «El Árbol Santo o Garoë», en *Descripción histórica y geográfica de las Islas Canarias*, Edición crítica, estudio bio-bibliográfico y notas de Miguel Santiago. Madrid, pp. 2430-2475. [La redacción del original es de 1737].

- CIORANESCU, A. (1986³): *Le Canarien. Crónicas francesas de la conquista de Canarias*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo Insular.
- COPPIER, G. (1645): *Histoire et voyage des Indes occidentales, Et de plusieurs autres Regions, maritimes & esloignées*. Lyon: Jean Huguetan.
- DARIAS PADRÓN, D. V. (1924): «El Árbol santo de la Isla del Hierro», *Revista de Historia*, I, pp. 124-128.
- (1988³): *Noticias generales históricas sobre la Isla del Hierro*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo Insular de El Hierro. [1.ª ed. de 1929].
- DELAFOSSÉ, E. (1992): *Voyage d'Eustache Delafosse sur la côte de Guinée, au Portugal & en Espagne (1479-1481)*. París: Éditions Chandecigne.
- DUBOIS (1674): *Les voyages faits par le Sieur Du Bois aux isles Dauphine ou Madagascar et Bourbon et Mascarene, ès années 1669, 70, 71, 72*. París: C. Barbin.
- FEUILLÉE, L. (1724): *Voyage aux Isles Canaries ou Journal des Observations Physiques, Mathématiques, Botaniques et Historiques faites par ordre de sa Majesté par le R. Pere Louis Feuillée, Religieux minime, Mathématicien et Botaniste du Roy*. t. 4. París, ms. BN.
- HARDISSON, E. (1943): «El Garoé y la Historia inédita de Quesada y Chaves», *Revista de Historia*, IX, pp. 30-41.
- JANNEQUIN, Cl., Sieur de Rochefort (1643): *Voyage de Lybie au Royaume de Senega [sic], le long du Niger, avec la description des habitans qui sont le lon de ce fleuve, leurs coütumes & façons de vivre: les particularités le plus remarquables de ces pays*. París: Charles Rouillard.
- LAS CASAS, Fray Bartolomé de (ed. de 1957): *Historia de las Indias*. Obras escogidas de Fray Bartolomé de las Casas, I. Madrid: Eds. Atlas, «Biblioteca de autores españoles».
- LE BLANC, V. (1648): *Les voyages fameux du Sieur Vincent Le Blanc, Marseillois, qu'il a faits depuis l'aage de douze ans jusques à soixante, aux quatre parties du Monde... Le tout recueilli de ses memoires par le Sieur Coulon*. París: Gervais Clousier.
- LE MAIRE (1695): *Les voyages du Sieur Le Maire aux Iles Canaries, Cap-Verd, Senegal et Gambie*. París: Jacques Collombat.
- MARTÍNEZ, M. (1992): *Canarias en la Mitología. Historia Mítica del Archipiélago*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo Insular.
- (1996): *Las Islas Canarias de la Antigüedad al Renacimiento. Nuevos aspectos*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo Insular.
- MAYNAR, J. (1943): «Nota sobre la especie botánica del Garoé», *Revista de Historia*, IX, núm. 61, pp. 41-44.
- MILBERT, J.-G. (1812): *Voyage pittoresque à l'Île de France, au cap de Bonne-Espérance et à l'île de Ténériffe*. París: A. Nepveu.
- MORALES PADRÓN, F. (1993³): *Canarias: crónicas de su conquista*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria.
- , F. (1991): «El Garoé, árbol santo», en *Canarias en los cronistas de Indias*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular de Gran Canaria.
- PIGAFETTA, A. (ed. de 1989): *La mia longa et pericolosa navigatione*. Ed. Luigi Giovannini. Milán: Edizioni Paoline.
- PROUST, Ch., & PITARD, J. (1908): *Les Îles Canaries. Description de l'Archipel*. París: Klincksieck.
- SÁNCHEZ ROBAYNA, A. (1992): *Estudios sobre Cairasco de Figueroa*. La Laguna: Real Sociedad Económica de Amigos del País de Tenerife.
- SERRA RÀPOLS, E., y CIORANESCU, A., eds. (1960): *Le Canarien. Crónicas francesas de la conquista de Canarias*. La Laguna-Las Palmas: Instituto de Estudios Canarios. *Fontes Rerum Canariarum*, IX, t. II.

- STEFFEN, M. (1944): «Otra vez el Garoé», *Revista de Historia*, X, pp. 39-45.
- (1944): «Las «ferulae» de Plinio y el Garoé», *Revista de Historia*, X, pp. 137-148.
- TAILLANDIER (1707): «Lettre du P. Taillandier, missionnaire de la Compagnie de Jésus au P. Willard...», *Recueils de lettres édifiantes et curieuses, écrites des Missions étrangères par quelques missionnaires de la Compagnie de Jésus*. París: N. Le Clerc, 1703-1776, Recueil XI, p. 97.
- THEVET, A. (1586): *Le grand Insulaire et pilotage d'André Thevet, Angoumoisain, cosmographe du Roy, dans lequel sont contenus plusieurs plants d'isles habitées et deshabetées et description d'icelles*. París, ms. BN.
- VERDUN DE LA CRENNE, J. R. A.; BORDA, J. CH., & PINGRÉ, A. G. (1778): *Voyage fait par ordre du Roi en 1771 et 1772, en diverses parties de l'Europe, de l'Afrique et de l'Amérique; pour vérifier l'utilité de plusieurs méthodes & instruments servant à déterminer la Latitude & la Longitude...* París: Imprimerie Royale.

